

VI

MANUEL ROXAS Y ACUÑA (1892-1948)
EL PRIMER PRESIDENTE DE LA III REPÚBLICA



Manuel Roxas y Acuña nació a principios de 1892 en la provincia de Cápiz, Isla de Panay, Visayas. Su padre Gerardo Roxas era mestizo de español que, según lo que se contaba en la ciudad de Cápiz (hoy rebautizada Roxas), murió en un duelo, por el que el cura párroco de su pueblo se resistió en darle un funeral católico. Se habló además de que era miembro de la masonería norteamericana, detalle que era de la displicencia de sus compoblanos que, todavía, se adherían a la soberanía de la Primera República de Filipinas. Su enviudada madre, Rosario Acuña, heredera de una familia más o menos acomodada, se cuidó en educarle con esmero, juntamente con sus dos otros hermanos, Mamerto y Margarita.

Manuel estudio en la Universidad de Manila, fundada por el maestro y músico Don Mariano Jocson, recordado como el autor del “Himno filipino al idioma español”. Allí mejoró su conocimiento del idioma castellano. Pero el joven Manuel Roxas se matriculó en el Colegio de Derecho de la Universidad de Filipinas, o la *University of the Philippines* fundada en 1908 por los americanos para competir con la vieja Universidad de Santo Tomás.

Allí se educó en inglés graduándose en 1913. Pasó el examen de abogados en ese mismo año llevándose los más altos honores. De allí su ambición fue hacerse político. En 1921 sus conexiones con los neocolonialistas norteamericanos le hicieron ganar un escaño en la Cámara de Representantes de Filipinas, donde se le eligió portavoz o Presidente de la misma.

Cuando se estableció la Mancomunidad Filipina con EE.UU. en 1935, Don Manuel Roxas fue también miembro de la Cámara y Secretario de finanzas del Presidente Manuel Luis Quezon hasta 1941. Los filipinos de habla hispana le mal

recuerdan como el que trabajó para que se vetase la aprobación presidencial de una ley del Representante Don Pascual B. Azanza, de Leyte, que proponía la enseñanza del castellano en los niveles de la educación Secundaria y la Universitaria de Filipinas. Lo que se entendía como “su conducta subserviente” ante los dominadores americanos fue considerado por el patriótico electorado filipino como “un defecto grave y peligroso”. Sus enemigos le moteaban como el político filipino que “se acerca al sol que más calienta”. Don Manuel Roxas quedó tan malquisto que hasta se señalaba, en frecuentes conversaciones particulares, el “mal fin” que le esperaba, a raíz de un vaticinio pronunciado por una monja clarisa en 1840 por el que todos aquellos caudillos filipinos que trataran de desarraigar la identidad filipina, quedarían castigados con un “mal fin” que, a veces, “ha de ser lento a la vez que violento”.

El Presidente Manuel Luis Quezon, conocido por su carácter temperamental, le llegó a dominar muy acabadamente a Don Manuel Roxas, hasta en su vida personal. Quezon le dijo hasta con quién se debiera casar. Tras lograr las enmiendas de la Constitución Filipina de 1935 para incluir en ella el *parity amendment* por el que se les daba a los americanos los mismos “derechos de paridad” para explotar todos los recursos naturales de las islas, se habló que Roxas tuvo que casarse con la belleza de San Miguel de Mayumo (Provincia de Bulacán), Doña Trinidad Sevilla de León, en vez de su novia comprovinciana, la famosa cantatriz de ópera, Doña Jovita Fuentes, “por razones de política”.

Jovita Fuentes era una soprano de tan aquilatado timbre que triunfó en las salas de ópera de España e Italia. Y se le recuerda hasta nuestros días por su triste y romántica canción titulada en bisaya “¡Ahay Kalisud!”, que también cantaba con letras en español bajo el título de “¡Ay, ay qué dolor!”. Es creencia popular que esta canción la dedicaba Jovita Fuentes a su admirado Don Manuel Roxas. Desde luego que este episodio “romántico” le hizo más popular a Roxas ante el ordinario público filipino. Esa popularidad pareció favorecerle, ya que se preparaba para ser el siguiente Presidente de Filipinas en contra del conservador y muy respetado Don Sergio Osmeña.

Pero la ocupación japonesa de Filipinas interrumpió lo que se describía como el ascenso meteórico de Don Manuel Roxas. El ejército americano se escapó a EE.UU. con el General Douglas MacArthur a la cabeza. Pero el Gral. MacArthur se fue primero en submarino a Australia llevándole, como su rehén, al Presidente Manuel Luis Quezon y familia, antes de llevarles al fin a EE.UU.

Don Manuel Roxas, abandonado a su suerte en Filipinas, fue capturado por los japoneses en 1942. Pero el Presidente, Don José P. Laurel, valiéndose de su influencia sobre el ejército japonés, le mandó libertar y le hizo su consejero sobre economía. En resumidas cuentas, Don Manuel Roxas era uno de los que también firmó la ley orgánica, o constitución, que creó la República filipina apadrinada por el ejército japonés de ocupación. También sirvió a los ocupantes japoneses, aunque se alega que se mantenía en contacto con la guerrilla secreta local que seguía siendo leal a los Estados Unidos.

Cuando llegaron los “libertadores” americanos, Don Manuel Roxas fue uno de los que fueron arrestados, acusados y encarcelados “por colaborar con el enemigo japonés”. Se vio encarcelado por un tiempo, hasta que el General Douglas MacArthur, por ser su hermano en la masonería, lo mandó exonerar. Y es cuando Don Manuel volvió a la

política, apoyado por los americanos, fue elegido el primer Presidente de la ahora “independent Republic of the Philippines”.

Pero la independencia estaba impuesta sobre las ruinas de la guerra de EE.UU. con el Japón. La economía filipina quedó totalmente paralizada. Como bien dijera el escritor Nick Joaquín: “But when independence came, how were we? A nation in ruins, a nation a-stink with rotting corpses, a nation in charity rags fed with charity rations, a nation even more mendicant than before in the American market”. Así lo dice en la página 328 del capítulo “The American Interlude”, de su libro *Culture as History*. Para que mejor se entienda, la traducción española reza: “Y cuando vino la independencia, ¿cómo nos encontrábamos? Una nación en ruinas, una nación que apestaba con el hedor de cadáveres por doquier en estado de putrefacción, una nación en andrajos que apenas se alimentaba de raciones de limosna, una nación más mendicante que nunca ante el mercado americano”.

Don Manuel Roxas, ya elegido presidente por la ayuda financiera que los *wasp* le dieron, no vivía ajeno a la miserable situación en que se encontraba la República filipina que el presidía. Los que le conocieron de cerca afirman que él estaba altamente preocupado por los problemas a resolver. Sobre sus hombros presidenciales había caído la obligación de reconstruir el país. Lo que le quedaba de cultura insular, según los que le conocían de cerca, le recordó lo que es ser buen filipino y luchar para el bien de su patria.

Por eso, cuando sus amigos y consejeros le propusieron que hiciera grandes empréstitos a los grandes bancos prestamistas para supuestamente financiar la reconstrucción de Filipinas, Don Manuel Roxas vaciló. Con objetividad estudió la situación filipina y, al enterarse que el gobierno filipino, su gobierno, quedaría endeudado a los prestamistas americanos, por el que les daba el derecho de dictar sobre él, y su entero gobierno, en la política económica, militar y hasta lingüística que se había de imponer mediante su presidencia, el Presidente Manuel Roxas se disgustó. Pero hombre prudente y recatado que era, supo ocultar su displicencia personal ante la idea de endeudar a un país arruinado como el de él.

Bien sabía Don Manuel Roxas que la destrucción y la ruina de su país había sido causada por los mismos americanos que ya lo venían explotando económicamente con el *parity rights* tras involucrarlo en su guerra contra el Japón. Y no cabe duda, nos dicen los que lo conocieron en esos momentos importantes de su vida presidencial, que se indignó, y entendió cómo un filipino de la cultura de Don Sergio Osmeña no había querido invertir ni un céntimo para una campaña electoral que le haría un presidente controlado por los neocolonialistas usenses, cuya agenda es controlar los destinos de Filipinas mediante el progresivo endeudamiento de su gobierno.

Los amigos y consejeros que le rodeaban se habían dado cuenta de la renuencia con que se mostraba cuando se le hablaba sobre el tema de hacer un *foreign loan* a sus bancos en Nueva York. En una ocasión le invitaron a pronunciar un discurso en su base aérea de Nichols, cerca de Manila, y tras tomar un baso de agua, cayó instantáneamente muerto de un infarto. No ha faltado desde entonces la sospecha de que fue envenenado dentro de aquella base norteamericana. Y hasta se alega que fue con cianuro. Y el motivo de tal asesinato se centra en su renuencia, y resistencia, en hacer los sugeridos *foreign loans* a los bancos americanos.

Don Manuel Roxas Acuña, resultó ser a fin de cuentas, un gran patriota filipino y un buen y leal presidente de su pueblo.